

CRÓNICA DE UNA TRAGEDIA

15 de Julio del 2005

Aquel día ostentaba una cruz corriente con de la calle, ordinaria y silvestre. Un día más como cualquier otro, sentenciaría alguien. La noche, templada como otras tantas de invierno, la ciudad, se movía rauda y desordenada, la gente, desperdigada, presurosa como hormigas. El diario P***** me había enviado a cubrir la última presentación del año de la orquesta Brandenburg – orquesta permanente del teatro C***** - ya que posteriormente partirían a Europa con el fin de dar una serie de conciertos.

Ese aciago día me encontraba sentado entre las superpullman, en las filas de atrás, a un pie de la puerta. El carné de periodista - llave del reino de los espectáculos - me permite acceder libremente a cualquier función, lo que de ninguna manera presuponer que por esto tenga acceso a buenos lugares.

El teatro había colmado su capacidad. Cada asiento estaba consecuentemente ocupado y reservado. Sobre el escenario y dispuestos simétricamente, se erguían los músicos como pilares jónicos e inmortales.

Sumergida en un azaroso manto de luz y sombra, la orquesta se preparaba para dar inicio al concierto. Ese día y esa noche representaban el apogeo de este famoso conjunto.

El silencio que recorría, subyugante, cada comisura, cada ángulo y espacio del teatro, tras la orden del director, comenzó a retroceder gradualmente ante el avance triunfal de la

melodía que provenía del escenario.

W.F. Bach Symphonies & Claviercord, Sinfonía D-dur fue la obertura que dio inicio a la función, luego le siguió Adagio & Fuge d-moll y continuaron otras piezas que desconozco de igual manera que las primeras que mencioné. Con el paso del tiempo el sonido había logrado hechizar al público, seduciéndolo, dominándolo, esclavizándolo.

Rato más tarde - no podría precisar cuando - eché una mirada al programa y supuse que el concierto se encontraría presto a su ocaso. Me acomodé nuevamente en la butaca y me dejé llevar. La música y el éxtasis iba in crescendo. De repente se hizo un silencio. El mutismo ocasionado por el paroxismo y la exaltación se repitió una, dos y hasta tres veces.

Orquesta y espectadores parecían ser notas de una misma partitura. Tempo y tiempo se habían fundido. El silencio continuó durante unos breves y medidos minutos. De súbito, inesperadamente, surgió en aquella sala una suerte de quejido infantil. Muchos giraron la cabeza como buscando explicaciones, otros permanecían inmóviles, embelesados, sin prestar atención a aquel sonido. Me acuerdo con claridad que en ese momento pensé quién habría sido el estúpido en traer un niño a esta presentación. Silencio. Silencio. Silencio.

Tras esta nueva y prologada ausencia de sonido, nuevamente, se hizo oír este lamento, pero esta vez con mayor vigor. Algunos, en un principio, emitieron silbidos de desaprobación, otros se levantaron decididos a quejarse. Silencio. Esta vez el lamento no enmudeció sino que regresó acompañado por humildes nubecillas de polvo que se desprendieron del techo buscando sumergirse entre el público. La gran telaraña que pendía del techo empezó a bambolearse como embriagada, inconsciente, a un lado y a otro hasta caer sobre las filas de asientos. Acto seguido los gritos se escabulleron entre el público. El

auditorio conformó una especie de maremágnum confuso y desordenado. Las personas empezaron a saltar las butacas, a correr, a desperdigarse sin sentido, buscando la salida. El cielorraso, como piezas de un gran rompecabezas, se derrumbaba poco a poco persiguiendo el fondo. Las luces parpadearon por unos instantes, perdiendo gradualmente la conciencia. En seguida puse mis pies prestos a huir de ese lugar junto con otros pocos. Parecía que no llegaría a ningún lado. Por el pasillo, a diestra y siniestra se repetía la misma escena que en el interior. Los gritos eran aterradores. Mientras corría voltee a ver y advertí que el teatro se desmoronaba como un castillo de arena sepultando a la gran mayoría del auditorio. Un genuino cul-de-sac. Una vez fuera, voltee de nuevo y observé como el teatro se desplomaba exhalando una última bocanada de aire, piedra y polvo.

16 de Julio 2005

La reacción de los medios no se hizo esperar. Permítanme citarles algunos titulares y epígrafes a manera de ejemplo:

“Se derrumbó el teatro C*****”. – Diario La N*****.

“El teatro C***** ha muerto, viva el C*****”. – Diario P*****.

“Desastre nacional: Derrumbe del teatro C*****”. – Diario El C*****.

“No se olviden de los muertos, ellos no se van a olvidar de ustedes” leía un titular. “No olvidamos” leía otro.

“El teatro C*****, se derrumbó hoy tras 200 años de existencia, dejando un saldo de 557 muertos. Sobreviven 7 personas. Aunque se desconocen fehacientemente las causas de la tragedia, ya muchos señalan al gobierno y opinan que el teatro debería haber sido restaurado.”. – Diario B*****.

“El teatro C*****, símbolo nacional, pereció anoche tras un manto de polvo y piedra, sepultando a 557 personas. Entre las causas se mencionan el paso del tiempo, el permanente descuido y la falta de restauración” – Diario La N*****.

La reacción de la gente tampoco se hizo esperar. Se sucedieron un sin fin de manifestaciones en los días posteriores. A pesar de que el gobierno intentó calmar las aguas, la voz de la opinión pública no se detuvo, por el contrario, la gente se mostró aún más reaccionaria. A las manifestaciones se agregaron, lentamente, diversos brotes de violencia en distintas partes de la ciudad.

31 de Julio del 2005

Tras la efervescente presión de la gente y con miras a las próximas elecciones - a mi entender- el gobierno anunció la reconstrucción del teatro. Las obras comenzarían la semana siguiente al anuncio oficial y finalizarían el 15 de julio del 2006.

3 de Agosto del 2005

Cementerio de la Recoleta. El funeral se llevó a cabo durante la noche y estuvo acompasado por la nostálgica melodía que tocaba la orquesta Brandenburg al momento del

derrumbe. Desfilaban ante nuestra mirada, desiertos y vacíos, una serie interminable de féretros. Muchos de ellos sólo eran un mero ensayo, una ridícula representación de la muerte. Las palabras se marchaban, escapaban de la boca del cura persiguiendo el viento, perdiéndose. Nadie podía escuchar ni entender. Nadie quería escuchar ni entender. La ceremonia fue breve. Estuvo mayormente revestida de silencios, abrazos y miradas cómplices.

7 de Agosto del 2005

Con el prólogo del día comenzaron a llegar, paulatinamente, y casi como en respetuoso silencio, una fila de camiones, obreros y arquitectos. A medida que transcurría el día, frente a las obras, empezaron a congregarse familiares, amigos y conocidos de las víctimas –sobrevivientes todos, de alguna manera-. Algunos pasaban sin detenerse, otros tan sólo observaban a la distancia como si la cercanía los desgarrara, los envenenara.

31 de Diciembre de 2005

Fueron cayendo las hojas del calendario sin más ni más y así llegamos a esta fecha. Las fiestas se sucedieron lánguidamente, sin mucha algarabía ni entusiasmo. El gobierno intentó ahogar la tristeza con música y luces de neón pero las miradas seguían puestas en las obras. Aunque éstas avanzaban rápidamente, se dudaba que finalizaran en término.

15 de Julio 2006

El “show debe continuar” y nosotros, los sobrevivientes, también. Todo un año intentamos

seguir, intentamos abrir los ojos sin mirar atrás.

Reapertura del teatro C*****.

Músicos, familiares, todos aquellos que tuvimos una segunda oportunidad, todos estábamos ahí. La expectativa era creciente. En la reconstrucción del teatro y en el concierto mismo se encarnaba, para muchos, el remanso final. La noche, inmaculada, extendía sus brazos gélidos sobre la ciudad. Antes de ingresar, recuerdo que me detuve en la calle de enfrente, observé durante algunos momentos el teatro. La multitud que lo rodeaba, las voces que se entretejían confundándose, los destellos de las cámaras que semejaban a estrellas falleciendo al mismo instante que emergían.

Como periodista y sobre todo como sobreviviente de la tragedia tuve un lugar preferencial en una de las plateas. La función se desarrolló con excelencia, solemnemente, sin pompas. De pronto, ya sobre el epílogo del concierto, se escuchó la discordante música de distintos celulares que provenían de distintos lugares del teatro. Muchos prefirieron apagar su teléfono, algunos discutían sobre que hacer, otros decidieron atender. Personalmente, siempre tuve cierta aprensión hacia estas históricas y egocéntricas cajitas eléctricas que demandan recurrentemente nuestra atención, pero por cuestiones laborales decidí contestar. Era mi jefe. Este sonaba confuso, demente, parecía no poder articular frase alguna. Balbuceaba una serie de vocablos tales como “muertos, teatro...”. Alrededor mío, en los palcos, en la planta baja el auditorio lucía consternado por algún asunto. Las quejas se transformaron en alaridos de terror. Nadie podía creer lo que veían. Los músicos saltaron de la tarima sobre los asientos. Tras ellos aparecieron los miembros de la orquesta Brandenburg. Su piel, corroída, sus miradas, secas y lastimeras, sus atuendos, firmes pero deteriorados; asieron los instrumentos, luego “cada cual a lo suyo” y dieron inicio al

concierto.

Al concluir el último sonido, al caer por última vez la diestra del director, los músicos se dirigieron al proscenio, recibieron en silencio los aplausos, y se desmoronaron sobre el escenario para siempre.

Juan

R*****.

Diario P*****

SEUDÓNIMO: ARTAUD

CHRISTIAN DANIEL VERDEROSA

DNI 23101189

MATRICULA 6778